

el viernes santo de los argentinos

P. Horacio Saravia



Horacio Berreta

Los cristianos en todo el mundo acabamos de vivir la Semana Santa, hemos celebrado el triduo pascual. La crisis socio-económica que azota el país ha acentuado el Viernes Santo de los argentinos. Ante tantas infamias que han provocado situaciones de muerte, los cristianos no podemos convertirnos en sujetos pasivos impregnados de expectativas, sino como testigos de la esperanza imbuirnos de creatividad y compromiso para aportar hacia el bien común.

Pienso que las cuatro líneas pastorales de la Iglesia arquidiocesana, resultado de las dos últimas asambleas del 2000 y 2001, pueden ser un lugar

oportuno para ser protagonistas de la Resurrección que el país se merece.

En dichas asambleas, el pueblo ha pedido que como Iglesia haya una coherencia entre lo que se vive y lo que se cree (santidad), una integración comunitaria (comunión), una necesidad de informarse y formarse (formación), y que seamos una Iglesia comprometida con la realidad social (compromiso social).

Una Iglesia experta en humanidad, que viva lo que cree. Que de testimonio de las bienaventuranzas que nos invitan a ser pobres, justos, pacíficos, misericordiosos, veraces, limpios de corazón y hasta perseguidos por practicar la justicia. Una Iglesia que viva atenta a la transparencia, que invite a creer en lo creíble en una sociedad que ha perdido credibilidad en los referentes; que aliente a la esperanza en lo cierto ante tanta desesperanza y desesperación; y que haga del amor el motor de su ministerio, ante una cultura de la competencia, el egoísmo y la mezquindad.

Respondiendo al clamor de integración comunitaria, y siendo llamada por Juan Pablo II "casa y escuela de comunión", sea ella el lugar desde donde la unidad es resultado de una diversidad respetada. Una comunión posible sólo cuando se respete los tiempos de la gente, aquella que evite contundentemente los mesianismos vengan de donde vengan. Cuando se pueda caminar en paz con el distinto, con el que piensa diferente. Una comunión hacia adentro y hacia fuera: una es imposible sin la otra. Se es comunión o no se es.

Un clamor que viene desde el laicado principalmente: "necesitamos formarnos", "no queremos que otros piensen por nosotros, decidan por nosotros, decidan por nosotros, obren por nosotros", una Iglesia dispuesta a colaborar en la formación de una conciencia crítica que resista el infantilismo de las comunidades para bien de todos. La formación es, si está bien intencionada, la posibilidad cierta de superar clericalismos

Lo que vemos y sentimos...

y las dependencias obsecuentes.

Y no dejamos para el último, ni mucho menos por creerlo, el pedido de el compromiso social y profético: el pueblo de Dios ha deseado una Iglesia comprometida con la realidad en la que vive, que viva y muera lo que vive y muere el pueblo. Que se haga carne de los logros y frustraciones de la gente, y que no mire el acontecimiento social ni desde sus despachos, ni desde sus atrios parroquiales, sino una Iglesia contemplativa y profética que evite tres caídas peligrosas en situaciones como estas. Tres caídas que no tienen razón de ser pues han sido redimidas por las tres caídas del via crucis de Cristo.

En el Viernes Santo de los argentinos, la primera caída, la primera tentación puede ser la **resignación**, ésta nunca es cristiana, la resignación es para los que no creen que las cosas no pueden revertirse para los derrotados. Por eso **NO a la resignación, SI a la Esperanza**.

En el Viernes Santo de los argentinos, una segunda caída, puede ser por el **miedo**. Los tantos miedos que nos paralizan: miedo a ser discriminados, marginados, excluidos, miedo a incomodar, a irritar, en fin. Nuestro enemigo es el miedo, por eso **NO al miedo y SI al compromiso profético y real**.

En el Viernes Santo de los argentinos, una tercera caída puede ser **individualismo**. En un momento en que para una oportunidad positiva hay mil candidatos, corre la tentación de decir: "yo me salvo como pueda, a los otros que les parta un rayo". Por ello **NO al individualismo, SI a la solidaridad**.

¡Que hermoso sería que vividas en verdad estos lineamientos en los tiempos que corren podamos mirar a la Iglesia como el lugar oportuno para decir lo de Mons. Angelelli: "Aquí se anuncia la esperanza que tanta falta nos hace!" Nosotros los cristianos no creemos en la muerte sin Resurrección.-

1. La comunión es un hermoso objetivo en nuestra diócesis. Pero peligroso cuando mira sólo hacia adentro. Empobrecedor cuando no se respetan las diversidades. Doloroso cuando produce exclusiones y excomuniones. Por eso necesitamos una pastoral sin pretensiones de uniformidad como las que parecerían vislumbrarse en la organización de la Semana del Clero, confiándola a una persona que es el referente de una opción pastoral determinada que oportunamente advertimos.

2. Debemos propiciar; acompañar y colaborar con las iniciativas de solidaridad, pero si no se acompañan estas acciones con la denuncia, el reclamo y la protesta, se tornan funcionales a un sistema estructuralmente injusto. Conocemos por experiencia histórica y por abundantes documentos eclesiales que sin un cambio de las estructuras de pecado no hay posibilidades de justicia y por lo tanto de vida digna. "No dar como ayuda de Caridad, lo que ya se debe por razón de Justicia" (Puebla 1146).

3. Si bien nos parece legítimo propiciar "la mesa de diálogo" a nivel nacional, no podemos aparecer como un "paraguas" de la crisis, ocupando un "virtuoso" justo medio entre el opresor y el oprimido, entre los victimarios y las víctimas. Nuestra palabra no debe desdibujar las responsabilidades, evitar denunciar los mecanismos ideológicos de nuestro empobrecimiento y limitarse sólo a describir lo mal que estamos. En Córdoba, ni Pastoral Social ni Cáritas Diocesanas, ni nuestras Comunidades Parroquiales comprometidas en diversas formas de ayuda, podemos silenciar más el hambre y la miseria de tanta gente, ni podemos ser cómplices de las dádivas estatales que solo intentan disimular sus responsabilidades. No nos sumemos a esta farsa con nuestro silencio, y menos si pretendemos con él, conservar buenas relaciones con los funcionarios.

4. La falta de representatividad y la distancia entre "dirigentes" y el pueblo también incluye a muchos miembros de la "jerarquía eclesial". Y cuanto más evitemos ser "sal y luz" para evitar conflictos o no confrontar con "los poderes de este mundo" más se agigantará la brecha entre los ministros y la comunidad. No cedamos a las tentaciones del desierto. Todavía están vigentes.

Nuestro Pueblo esta viviendo esta dolorosa Pasión en la vida de todos los días: ha sido despojado de sus vestiduras de dignidad y coronado con espinas de hambre y desocupación, burlado con palabras vacías y promesas falsas. Solidarios con él, produzcamos palabras y gestos proféticos para que caminemos el final de este calvario con esperanza de resurrección.-

*Grupo Sacerdotal Enrique Angelelli
Arquidiócesis de Córdoba - Pascua 2002*